



HOMILÍA DE MONSEÑOR JUAN CARLOS ELIZALDE, OBISPO DE VITORIA, POR EL **DÍA DE LA VIRGEN BLANCA**

Queridas autoridades, alcaldesa de Vitoria, diputado general, presidenta de las Juntas Generales, concejales, diputados, procuradores y representantes de la sociedad civil, de las cuadrillas de blusas y neskas y queridos miembros de la Cofradía de la Virgen Blanca, queridos ciudadanos,

Felicito las fiestas en nombre del Vicario General, sacerdotes de San Miguel, cabildo diocesano, sacerdotes concelebrantes y diáconos.

Zorionak! Feliz día grande de Nuestra Señora, la Virgen Blanca, patrona de Vitoria-Gasteiz y centro de la fiesta. Felicidades en este día también a todas las que la lleváis en vuestro nombre, Blancas, Zuriñes, Edurnes y Nieves.

“Celebrar a María es, en primer lugar, hacer memoria de la madre, hacer memoria de que no somos ni seremos nunca un pueblo huérfano. ¡Tenemos Madre! Y donde está la madre hay siempre presencia y sabor a hogar. Las madres son el antídoto más fuerte a la difusión del individualismo egoísta. «Individuo» quiere decir «que no puede ser dividido». Las madres, en cambio, se «dividen», ellas, desde cuando acogen un hijo para darlo al mundo y hacerlo crecer.” Son palabras del Papa Francisco, adecuadas para este momento.

Volvemos a poner nuestra mirada en la Madre de Dios, la Virgen Blanca. Ella es un faro de esperanza y amor que brilla en nuestra ciudad.

Es mujer y en ella están todas las mujeres de nuestra tierra, todas sin excepción. Abuelas, madres, jóvenes, niñas y recién nacidas. Especialmente pedimos hoy por todas las mujeres que sufren cualquier tipo de violencia, víctimas de la trata engañadas en peligrosos círculos de prostitución y tráfico de órganos. Ayer me centraba en la soledad y en el suicidio. Pedimos también la intercesión de María para que esas mujeres ancianas olvidadas y esas jóvenes que no ven sentido a su vida tengan en la fe razón para la esperanza y en nosotros amigos con los que caminar.

En la Madre de Jesús encontramos la paz y el consuelo que tanto necesitamos. María subió hasta la Cruz como madre de uno y bajó como madre de todos. Ella es Madre nuestra, con mayúscula.

Sigue diciendo el Papa Francisco: "María no es una mujer que se deprime ante las incertidumbres de la vida, especialmente cuando nada parece ir por el camino correcto. No es mucho menos una mujer que protesta con violencia, que injuria contra el destino de la vida que nos revela muchas veces un rostro hostil.

Es en cambio una mujer que escucha: no se olviden que hay siempre una gran relación entre la esperanza y la escucha, y María es una mujer que escucha, que acoge la existencia, así como esa se presenta a nosotros, con sus días felices, pero también con sus tragedias que jamás quisiéramos haber encontrado. Hasta la noche suprema de María, cuando su Hijo es clavado en el madero de la cruz.

Las madres no traicionan, y en aquel instante, a los pies de la cruz, ninguno de nosotros puede decir cual haya sido la pasión más cruel: si aquella de un hombre inocente que muere en el patíbulo de la cruz, o la agonía de una madre que acompaña los últimos instantes de la vida de su hijo. Los Evangelios son lacónicos, y extremadamente discretos. Registran con un simple verbo la presencia de la Madre: ella "estaba" (Jn 19,25).

Ella estaba. No dicen nada de su reacción: si lloraba, si no lloraba... nada; ni mucho menos una pincelada para describir su dolor: sobre estos detalles se habrían luego lanzado la imaginación de los poetas y de los pintores regalándonos imágenes que han entrado en la historia del arte y de la literatura. Pero los Evangelios solo dicen: ella "estaba". Estaba allí, en el momento más feo, en momento cruel, y sufría con su hijo. "Estaba".

Uno de los aspectos que más me preocupa como Obispo y que públicamente todos conocéis, es la fe en los jóvenes. He constatado el entusiasmo de los jóvenes alaveses participantes en la JMJ. Un millón de jóvenes han escuchado del Pontífice: "Queridos jóvenes, os necesitamos,

necesitamos vuestra creatividad, vuestros sueños y vuestra valentía, vuestra simpatía y vuestras sonrisas, vuestra alegría contagiosa y también esa pizca de locura que vosotros sabéis llevar a cada situación, y que ayuda a salir del sopor de la rutina y de los esquemas repetitivos en los que a veces encasillamos la vida. Vive Cristo, esperanza nuestra, y Él es la más hermosa juventud de este mundo. Todo lo que Él toca se vuelve joven, se hace nuevo, se llena de vida. Entonces, las primeras palabras que quiero dirigir a cada uno de los jóvenes cristianos son: ¡Él vive y te quiere vivo!"

María se levantó y fue aprisa a la montaña. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

Emprende el camino con Jesús en su seno para ayudar a su prima Isabel que la necesita.

"En cuanto tú saludo llegó a mis oídos, saltó la criatura de alegría en mi seno." La cercanía de Jesús provoca una alegría irreprimible.

No podemos defraudar a nuestros jóvenes. No podemos privarles de esta alegría. Muchos de ellos, prácticamente, desconocen el Evangelio, no saben apenas nada de Jesús, incluso formándose en colegios de la Iglesia. Ha habido una ruptura en la transmisión de la fe y los colegios de la Iglesia son esperanza para padres, sacerdotes, vida consagrada, comunidad educativa y sobre todo para los jóvenes.

Es necesario y urgente reforzar la identidad católica de los colegios de la Iglesia. Reforzar la identidad es potenciar los valores y principios cristianos que forjen en el alumno una sólida base ética de cara al futuro; es crear un sentido de comunidad y pertenencia entre estudiantes, padres y educadores donde puedan compartir una cosmovisión cristiana abierta a todos los credos y a todas las culturas.

Reforzar la identidad es garantizar un ambiente inclusivo y respetuoso que favorezca el diálogo desde la propia identidad; es enseñar a los jóvenes bautizados a respetar las diferentes creencias y tradiciones de sus compañeros en una sociedad como la nuestra que acoge personas llegadas de otros países y continentes, sin diluir sus convicciones cristianas; es asegurar la continuidad de nuestras tradiciones como la que estos días celebramos en torno a nuestra patrona de Vitoria; es incidir en un enfoque holístico donde se subraye el desarrollo integral de los alumnos no sólo en lo académico, sino también en lo afectivo, social y espiritual.

Reforzar la identidad católica de los centros de enseñanza de la Iglesia supone fomentar el servicio a los demás inculcando en los estudiantes la importancia de la solidaridad y la compasión hacia los últimos y más vulnerables, implicando una gran sensibilidad social que enseñe al alumno a ser ciudadano responsable y comprometido con el bienestar de su comunidad y del mundo en general, con el cuidado del planeta, la acogida al inmigrante, el respeto a toda vida humana con su dimensión trascendente.

Reforzar esta identidad no es imponer las creencias a todos los estudiantes sino ofrecer un espacio donde puedan explorar, comprender y contrastar la fe cristiana pudiendo madurarla de acuerdo a los valores del Evangelio, a los principios de la Iglesia y a las enseñanzas de Cristo, que hemos heredado generación tras generación desde hace más de 2000 años.

No hay excusa para hacer dejación de una educación propiamente católica y yo como Obispo de Vitoria tengo la obligación de facilitarla y de posibilitarla. Queremos garantizar el derecho de los más jóvenes a conocer a Jesús de Nazaret y para el beneficio de la sociedad.

Recuerdo lo que el Papa acaba de decir a los jóvenes en Lisboa: "Amigos, estoy muy contento de veros como una comunidad educativa viva, abierta a la realidad, y conscientes de que el Evangelio no es un mero adorno, sino que anima las partes y el conjunto. Que cada elemento está en relación con el todo y que el todo se encuentra en las partes."

Debemos escuchar lo que piensan los jóvenes de la vida y de la fe, sin juzgarles, pero abriendo un diálogo constructivo. Padres, abuelos, educadores, sacerdotes y religiosas debemos seguir hablándoles de Jesús compartiendo con ellos sus experiencias con Dios y su relación con la Iglesia. Y sobre todo rezando por ellos como la mayor muestra de amor por los jóvenes.

Pero no nos engañemos. Nuestros jóvenes podrán conocer más a Dios y acercarse más a las enseñanzas de la Iglesia si ven en nosotros, en vosotros padres y madres, educadores, sacerdotes y religiosas, un ejemplo a seguir. Si vivimos coherentemente nuestra fe seremos un ejemplo auténtico. Escuchemos también lo que ellos piensan de la vida y de la fe, sin juzgarles, pero abriendo un diálogo constructivo. Hablémosles de Jesús, padres, abuelos, docentes, sacerdotes, religiosas. Compartamos con ellos nuestras experiencias con Dios y nuestra relación con la Iglesia. Invitémosles a participar de lo mucho que la Diócesis ofrece mediante sus

delegaciones de jóvenes, universitarios, familias, catequesis, laicado o tiempo libre. Sepamos trasladarles la importancia que tiene la comunidad y ser parte de ella. Y sobre todo y antes de todo, recemos por este proyecto apasionante.

Hoy, día grande de la Virgen Blanca, pedimos su intercesión para nuestros jóvenes, muchos de ellos aquí presentes y otros tantos que pasarán por este santuario y por su hornacina en la balconada. Que en esas miradas a Santa María encuentren su camino para seguir a Cristo vivo en medio de nosotros

+ Juan Carlos Elizalde
Obispo de Vitoria

En la parroquia de San Miguel, Santuario de la Virgen Blanca
a 5 de agosto de 2023, Misa Pontifical en honor de la Virgen Blanca